

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO IX.

FUNDADOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

DIRECTOR LITERARIO:

J. Tolosa Hernández.

NÚM. 394.

A los anunciantes

Advertimos á los señores anunciantes que desde 1.º de Noviembre todo anuncio pagará



de peseta por insercion, segun ley de 14 de Octubre de 1896.

Se hacen toda clase de bordados en colores, oro y blanco, por D.ª Josefa Belmar Garcia.

Calle de Cadenas, núm. 6.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

CURAN PRONTO Y BIEN A LOS ANCIANOS, A LOS TÍSICOS,

A LOS DISENTÉRICOS, cuya vida se extingue sin remedio verdaderamente heroico que corte su diarrea mortal casi siempre;

A LAS EMBARAZADAS, cuyos vámitos ligeros su vida y la de sus hijos, al par de padecer en forma desesperante;

A LOS NIÑOS en la dentición y dentado; á los que padecen

OPATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen **VÓMITOS Y DIARREAS, TIFUS Y AFECCIONES CÓLERA, NES HÚMEDAS DE LA PIEL.**

Pídanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfiad de las falsificaciones é imitaciones, porque no darán resultado.

Sellos de Caouchúe

FABRICACION ESPECIAL SELECTA

Grandes colecciones en relojes, medallones, lapiz plumas, fosforeras é infinidad de caprichos.

Cajas especiales «Nuevo Mundo», propias para el comercio.

Redacción de LA JUVENTUD LITERARIA Apóstoles 11.

MURCIA 7 DE NOVIEMBRE DE 1897

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

Desde que Pepe Tolosa se encargó del semanario, en absoluto no he escrito ni nada bueno ni malo porque mis ocupaciones me han impedido hacer algo, algo conque entretener pudiera á mis abonados.

Hoy es tan solo mi objeto, en verso sencillo y llano, felicitar á un amigo, no amante del celibato, porque el tal, ha pocos días, que á Himeneo se ha entregado y hoy al gremio pertenece de los que estamos casados.

Rosendo Clavel se llama este amigo... ó este hermano, pues mas que tal nos queremos desde que éramos muchachos, porque en esa edad florida de delicias, no de engaños, en esa edad en que alegres todos nosotros estamos, á los amigos se quieren con cariño sobrehumano.

¿Te acuerdas, querido amigo, cuando con Guillen de Castro, Raimundo Ruiz y nosotros una Sociedad formamos?

Sociedad Michironera compuesta solo de cuatro, en la que se hacian «versos» á las mujeres de garbo.

¿Te acuerdas de cierto día en que á Raimundo expulsamos?

¿Te acuerdas, del Malecón, los célebres naranjazos?

¡Dichosos, dichosos tiempos!

¡Ay, que pronto que pasaron!

¡La mejor vida del mundo es la vida de muchacho!

Todo pasó como un sueño, somos hombres, y en el campo de la lucha por la vida somos algo afortunados.

Tu mujer, buena, hacendosa y de virtud un dechado, será el ángel de tu hogar y será todo tu encanto.

Retírate, como yo, de amigos, pues son muy falsos. ¡Los amigos de hoy en día no son como los de antaño!

Todo es mentira en el mundo, en el mundo todo es vano; La sociedad... es un máscara que vive solo engañando.

Al lujo cierra tus puertas, porque el lujo es un malvado que lleva la perdición á quien no puede obstarlo.

Si quieres vivir feliz mira siempre para abajo y precipicio insondable verás de mil desgraciados, pero si apartas la vista tú serás uno de tantos y lucharás entresí, como en el mar lucha el naufrago que no tiene salvacion y muere desesperado.

Sí, Rosendo, esta es la vida, una lucha sin descanso, lucha que solo concluye cuando hayamos espirado.

Sin querer mi pobre pluma he remontado á lo alto, pues solo me proponía, en verso sencillo y llano felicitar al amigo

que ha poco que se ha casado; mas lo escrito queda escrito y para salir del paso solo me resta decir:

—Rosendo, por muchos años, que Dios te dé mucha suerte... y una gruesa de muchachos.

RAMON BLANCO.

Nota bene.

Dispensa, se me olvidaba felicitar á tu hermano. A él le dices en mi nombre que cuando pueda lo hago, como regalo de boda, Comandante, esto no es raro, pues le escribo á mi pariente el General Ramón Blanco y es muy seguro su ascenso, vaya, lo tengo en la mano.

—



EL PUCHERO

En las desvencijadas tablas del mal seguro andamio, aguantando los abrasadores rayos de un sol de justicia, con la llana en la mano, las coplas en los labios y la indiferencia del peligro en el pecho, trabaja Juan Antonio con febril ansiedad; era preciso acabar pronto la casa, de cuyas bohardillas tal vez le echen mañana si la falta de obra le obliga á retrasarse unos días en el pago del alquiler. ¿Pero le es lícito pensar en esto? No, y no piensa; él tiene que ganar su jornal, que es el sustento, la vida de la dulce compañera de su pobre nido, y del ángel de redonda cabecita, que al volver de la obra rendido de cansancio, lleno el rostro de chafarríones de yeso, destrozada la blanca blusa y agarrotadas las callosas manos, le aguarda para compensarle de las fatigas del laborioso día, sentándose en sus rodillas y besando con sus frescos labios los rugosos y curtidos de Juan Antonio.

Aquel día fué á la obra sin sentirse bien; pero el trabajo, el fatal trabajo le impedía un día de reposo. Los pobres ván de la cama al hospital.

Las alegres coplas no salían de sus labios como siempre; sus ojos, inyectados en sangre, no veían sino confusas sombras.

—¿Qué, qué ha ocurrido? Ná, er probe Juan Antonio, que ha dao un paso al aire y se ha deshecho la cabeza contra las piedras de la calle.

Ahi viene la camilla pa llevárselo al hospital.

La acera de frente á la obra estaba llena de grupos de familias de albañiles, que con reposada tranquilidad reponían sus fuerzas con la sopa humeante y el azafranado cocido... Y allí en la esquina una pobre mujer, con un chicuelo en los brazos, espera inútilmente con la blanca servilleta extendida sobre la losa y el pucherillo destapado, la llegada del compañero de mesa.

Los compañeros de Juan Antonio, no apartaban sus ojos del grupo de la esquina, sin atreverse á enterar á la infeliz de la muerte de su esposo.

¡Y cuentan que aquel día no fué el de Juan Antonio el único puchero que volvió intacto como había venido.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

